



# LA ÚLTIMA PARADA

4º Concurso Cuentos Repsol  
1º Premio en Castellano

*Autora: Isabel Iglesias Platas*



Echó otra vez una mirada a su alrededor, pero no pudo ver nada nuevo. Aquel equilibrio, aquella repetición de imágenes, día tras día, le hacía pensar que todo era una ilusión grabada a cincel en el fondo de sus ojos. Sin embargo, no había nada de irreal en el blanco del edificio, impecable hasta el agobio. Ni tampoco en los caminos de arena crujiente y tostada por el sol, ni en los bancos situados estratégicamente para sostener los cuerpos endeble, que se acercaban con pasos temblorosos, vacilantes, desganados.

La brisa silbaba entre los árboles, aunque ni siquiera aquí conseguía la misma fuerza que fuera de los muros, sino que se contagiaba de la debilidad del ambiente. Jugeteaba, delicada, con las hojas y su movimiento las hacía cambiar de color y de lugar como una sinfonía de verdes, amarillos y marrones. El día paseaba su sucesión de minutos inservibles, ordenados; una fila sin fin en la que cualquiera podría ser el último.

Habían transcurrido pocos meses desde que “el Argentino” llegó al hogar de actores retirados, pero aquella uniformidad entre un momento y el anterior le impulsaba a dudar de si llevaría allí un instante o una eternidad.

Al igual que todas las mañanas, buscó una piedra del jardín para sentarse y se sumergió en sus recuerdos porque, según él mismo decía, no había otra cosa que hacer. Como siempre, se abandonó a un estado entre el sueño y la lucidez y se dejó llevar. Le

llegaban retazos de pasado, jirones de niebla arras-trados por el viento de la memoria. Su alma de golondrina errante se convertía en un cúmulo de sensaciones, sonidos y colores, que creía ya perdidos y sin embargo, volvían de nuevo por algún mecanismo inexplicable. De repente se dio cuenta: aunque parecía resignado a que se evaporase el humo de las últimas brasas de su vida, en su interior algo se rebelaba; quería volver atrás, al escenario, al calor del público, a los aplausos, a la gloria... Sabía que seguiría allí, sobre una tierra llena de pasado, bajo un cielo que no le ofrecía mejor futuro que esperar a que la muerte, inexorable, llegase, quizá para librarle de la angustia de seguir aguardando.

Entre aquellas paredes, existir significaba jugar al ajedrez, ver la televisión, soportar el insultante tono paternal de los enfermeros. En otro tiempo, tal vez se hubiese esforzado por resurgir del abismo y continuar adelante con firmeza, con decisión, incluso con alegría... ¿Por qué no hacerlo ahora? En ese momento el rayo hiriente de la respuesta lo abrasó: no podía luchar porque ya no quedaba ninguna razón para hacerlo. Muy, muy despacio, su cabeza se marchitó sobre el pecho. Nadie se le acercó, porque todos sus compañeros conocían la sombra oscura de la rendición.

Una mañana, el escalofrío de un rumor descono-cido estremeció el asilo desde el tejado hasta los

cimientos. La cal de la pared se adornaba con ecos de voces susurrantes: “Me ha llamado por mi nombre”, “Se ha parado a hablar conmigo”, “¡Qué tono tan respetuoso empleó!”, “Mi nombre, ¡recordaba mi nombre!”.

Los vidrios de la ventana reflejaban con un brillo diferente la nueva bata blanca que sembraba sonrisas en aquellas caras aradas por el tiempo. Al día siguiente, oídos cansados de palabras vacías absorbieron la fuente de propuestas que brotaban de una boca salvadora.

— “Les agradecería que colaborasen en una función benéfica. La recaudación se destinará a los niños del hospicio. Yo trabajé allí antes y pensé que ustedes...Claro, si quisieran”. Sabía la respuesta; se la habían dicho los ojos encendidos, las manos llenas de pecas que aplaudían rabiosamente, las ansias sepultadas bajo los cabellos desteñidos por la edad, los rostros devueltos a la vida.

Desde aquel momento, “el Argentino” no recordaba muy bien lo sucedido. En un par de días, el asilo transformó su melancólica nostalgia en fuerza creadora. Al principio hubo algunos problemas. Los otros auxiliares del edificio se opusieron en vano, argumentando que podía suponer demasiada emoción para unos corazones ya sin vigor: la ilusión había florecido y nada sería capaz de marchitarla. No sospechaban que el obstáculo principal lo encontrarían dentro de sí mismos. En sus espíritus, el poder de

decisión llevaba tanto tiempo detenido que se hallaba recubierto de una capa de óxido, polvo y resignación.

Cuando llegó el momento de hacer propuestas, un silencio plomizo cayó en la sala y pareció por un momento que iba a aplastar con su peso a todos los presentes. Entonces, una voz un tanto cascada, de dulce acento, penetró la quietud como una radiante chispa de dos filos y despejó aquella nube. La idea de elegir un director de escena para ordenar las actuaciones fue aprobada por un bosque de manos a favor, surgido en pocos segundos. "El Argentino", el mismo que lo había propuesto, resultó seleccionado. Tomó una hoja de papel y se acomodó ante una mesa. Poco a poco al principio, con impaciencia después, las personas venían a anotarse, por grupos, por parejas o incluso en solitario, para cantar, bailar, representar, interpretar piezas con algún instrumento... El folio comenzó a llenarse de manchas negras, pequeñas y apretujadas que, lejos de ensuciarlo, parecían ensalzar su blancura, gracias a una escala de anhelos revividos.

Comenzaron los ensayos y el bullicio acarició los muros con un insólito temblor. Era casi imposible encontrar una habitación vacía de grupos canosos, conspiradores de la felicidad contra la apatía. La televisión, después de su último y poco triunfal fundido en negro, permaneció muda y descolorida; las fichas de ajedrez habían sido deportadas a un silencioso destierro de olvido y conservaban aún, con

sus inexpresivos semblantes de madera, las últimas posiciones tomadas sobre el tablero; las voces de los enfermeros desaparecieron, tragadas por el nuevo movimiento, que no les dejaba lugar.

Un mes más tarde, de un autobús de gran lujo descendieron, en perfecta alineación, unas decenas de ancianos. La gente pensó que volvían de un largo viaje en el tiempo y que era ésta la última parada.

Cuando todos entraron en el teatro, se retiraron a sus camerinos. Sólo uno de ellos se quedó sentado al borde del escenario, mirando con nerviosismo aquel mar de butacas encarnadas, con la luz ondeante en sus tapicerías de terciopelo. Sus ojos, acostumbrados a las enormes proporciones de los lugares de Sudamérica en los que había actuado, mostraban ahora cómo la intranquilidad se convertía en histeria, y la histeria en pánico. Pero el pánico fue dominado por la voluntad, hija de la lógica, que empujaba con su prepotencia la espontaneidad del sentimiento. Aquel local se le aparecía enorme, inmenso hasta lo monstruoso, con tantos asientos que ni siquiera al girar la cabeza se podían abarcar. ¡Sería imposible llenarlo de gente! Harían falta miles y miles de personas... Aunque se reuniera allí toda la ciudad quedarían lugares desocupados, vacíos como lagunas, llagas rojas que herirían el amor propio de aquel que fue famoso. De pronto, sintió que había sido inútil. El pasado no iba a regresar y aquello sólo era su ridícula

caricatura. El edificio de cristal que con tanto esfuerzo había levantado en su corazón, se vino abajo inmediatamente.

La cabeza de un empleado asomó por la puerta, como el botón de una flor en un desierto:

— “¿Podemos abrir ya? Ahí fuera se están aglomerando las personas. Alborotan mucho. Quieren entrar”. La esperanza, ave fénix en su empeño por resurgir de las cenizas, renació, alimentada con sus propios restos.

El cuentagotas de la puerta comenzó a filtrar espectadores. La explanada granate desapareció bajo un ejército de vestidos de colores. Para el director, las dimensiones se fueron reduciendo, hasta que resultó imposible que entrase nadie más.

Los focos levantaron sus párpados. Sus miradas familiarmente luminosas, esperaron a sus compañeros de escena, los actores, los siguieron sobre las tablas y se detuvieron, acariciando con ráfagas de claridad blanca las caras de los fabricantes de ensueños.

Empezó la función, otra vez, como hacía diez, veinte, treinta años (¿quién recuerda ya cuántos?), empezó la función. Los dedos artríticos perdieron su torpeza; afinó su voz la sonrisa de marfil del piano; las cuerdas vocales sacudieron el óxido que intentaba cubrirlas y los tres juntos construyeron un casco antiguo, que dejó ascender sus notas, llenó el teatro y escapó hacia otro lugar o hacia otro tiempo. Las

gargantas recuperaron su olvidado tono. En sus manos viejas, los actores descubrieron gestos, expresiones y sentimientos que volvían y los impregnaban hasta hacerlos alcanzar lo sublime; sus giros estremecían al público, que vibraba con la respiración y los latidos del escenario, como un único ser deslumbrado. Sin embargo, no sólo regresaba el ayer. De su mano venía el futuro; de nuevo, sonriente, prometedor, venía el futuro.

Por fin, las luces se encendieron para barrer la magia que flotaba en el ambiente. Dos manos se unieron en un aplauso, seguidas al momento por otras muchas. El estruendo ensordecedor avanzaba, retrocedía, desbordaba los límites del edificio. Su sonido devolvió a la vida el último recuerdo de ovaciones que se extinguía en un rincón de las mentes de los ancianos. Los protagonistas del espectáculo eran requeridos una y otra vez para saludar. Después de diez minutos en los que los corazones de los actores se llenaron con el sabor de la gloria, fue reclamado el director.

Y allí hicieron subir su cuerpo menudo y su voz cantarina, su pelo canoso y su risa fácil. Sentía correr la sangre por sus venas, palpitar de emoción sus sienas. ¡Estaba vivo, vivo de nuevo! Así permaneció, con los ojos fijos ante él, viendo el infinito. Y mientras notaba en las comisuras de los labios el júbilo salado de las lágrimas, el telón descendía lentamente, por última vez.